

FIGARI EN PARÍS

¡Uruguay! ¡Argentina! ¡Tierras de épico fervor, con las que fuimos tanto tiempo ingratos! Felizmente, comenzamos a arrepentirnos honradamente de ello, sin penitencia.

La América Latina ha visto formarse, en el transcurso de estos cuarenta últimos años, una incomparable pléyade de poetas y novelistas animados por el ideal francés y ya en trance de librar a la vieja Europa el tesoro de un nuevo estromecimiento.

¡América! El Uruguay de donde nos retornaron, para mucha honra, el pirenaico Isidoro Ducasse (Conde de Lautréamont) y el bretón Julio Laforgue,—como Ducasse criado en Turbes,—nos han devuelto, muy recientemente, otro poeta, cargado de la emoción más vibrante; Julio Supervielle, el poeta de los “Debarcaderos”, el novelista épico de “El Hombre de la Pampa”.

Julio Supervielle, poeta de aquellos gauchos cuyo pintor es Figari:

Le petit trot des gauchos me façonne

Se ha dicho, no sin una apariencia de razón, que la América Latina, por lo menos en Europa, despreciaba sus gauchos hasta negarlos, es decir reneugarlos, ante el extranjero.

Ya sabemos eso. Se ha de respetar esta legítima forma de patriotismo moderno. Es Italia imponiendo sus usinas a los aficionados de los claros de luna sobre los viejos balcones.

Con Figari, gracias a Figari, América Latina no tiene nada más que temer, ni qué reneugar. Ya no confundimos sus gauchos con ciertos Tom Mix del cine o de la novela de aventuras.

Figari, con un acierto sorprendente, ha destacado la poesía de las tierras americanas, de esas inmensidades que componen lo que los viajeros nombraron el Imperio del Sol, donde la antigua belleza india se funde en la gracia jesuítica, donde la majestad española arraiga en un suelo atormentado, en el que se extienden inmensas llanuras de una desolación emocionante, bellas como el mar; crueles como las estepas: la pampa.

Jurista empuente, hombre de fina cultura, Figari que tomó los pinceles hacia la mitad de su vida, declara de buena gana que él pensaba entonces, menos en convertirse en un gran pintor que en reclamar a los medios del pintor una posibilidad de volver inmediatamente sensibles la tragedia y la dulzura de las dos patrias tan estrechamente ligadas: el Uruguay y la Argentina.

Pero Figari no había contado con aquel eterno conflicto, tan graciosamente caracterizado por nuestro

André Lhote, el conflicto de Señora Naturaleza y de Señora Pintura. De una formación originaria totalmente libreseca, Figari, cuyo ojo estaba por fortuna dotado de una rara sensibilidad creyó en la posibilidad de pedir a los colores del pintor lo que Raffaelli esperaba, un tanto candorosamente, de los lápices grasos de su invención: un medio de traducir con tanta rapidez como se piensa.

Señora Pintura impuso sus leyes al intelectual muy felizmente sensible. Figari se convirtió pues en pintor, buenamente, sin haber pensado en ello. Pero hoy día, la pintura reina lo gobierna por completo, sin que sus delicias de poeta y de vidente hayan perdido nada por ello. Así se nos presenta en esta segunda exposición parisiense, que marca sobre la primera un singular enriquecimiento.

¿Identidad de las estepas y de la pampa? Identidad en el sentimiento, al punto que Figari hace pensar en Gogol cuando, desafiando con fortuna los peligros de la anécdota, compone escenas de la vida americana bajo el tirano Rosas.

Basta prescindir de nuestra corta erudición para encontrarnos sin más en presencia de un pintor que

osa, en virtud de un puro amor al colorido, las más sorprendentes relaciones de rojos.

Lo que indico a este respecto podría constituir un buen método constante para el examen de una gran parte de las obras de Figari.

Gustaremos pues libremente de esta verba que se despliega sostenida por el don y la fineza de la percepción plástica. Con el pintor, y según el poeta su amigo, nos hundiremos “en la llanura que no tiene historia y tiende de todos lados su dura piel de vaca que se ha acostado siempre afuera”. Seguiremos la cadencia lanzante de las enbalgatas abigarradas en el ancho llano en el que, a veces, Figari ha encontrado el árbol gigante reducido por el cuadro a la medida de un arbusto y con el que sabe constituir todo un paisaje. Nos prendaremos de la gama enternecida que sostiene “la arquitectura colonial”, frente al sol. Del burrio negro a la trágica casa en el llano donde espera, hasta la desesperación, la mujer del gaucho, nos dejaremos llevar por la carrera de las nubes que

ne sont pas pour lui des prétextes à une mélancolie distinguée...

André SALMON.

De “Le Crapouillot” del 1.º de noviembre 1926.



PEDRO FIGARI. - Dama colonial.

Un éxito de librería: “EL PUÑAL DE ORION”, apuntes de viaje, por Sergio Piñero (hijo)
Reserve pronto su ejemplar si no quiere perder Vd. la oportunidad de leer, en su edición original, limitada, un libro amenísimo y vibrante, muy argentino, con el cual se revela un
■■■■■■■■ joven escritor de gran temperamento. En todas las librerías \$ 2.50 ■■■■■■■■